

# LA ALTERNATIVA DEL ESCORPIÓN



**FERNANDO UGEDA**  
**LA ALTERNATIVA  
DEL ESCORPIÓN**

XII PREMIO DE NOVELA  
CIUDAD DE BADAJOZ

algaida



Un jurado compuesto por Luis Alberto de Cuenca, Carmen Fernández-Daza, Juan Eslava Galán, Marta Rivera de la Cruz, Fernando Marías, José Luis Muñoz Jimeno, Manuel Pecellín Lancharro, Miguel Ángel Matellanes y Consuelo Rodríguez Píriz concedió a la novela *La alternativa del caracol*, de Fernando Ugeda, el XII Premio «Ciudad de Badajoz» de Novela, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

Primera edición: marzo, 2009

© Fernando Ugeda, 2009  
© Algaida Editores, 2009  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-195-4  
Depósito legal: M-6819-2009  
Impresión: Huertas, I. G.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Permítanme que me presente .....	15
La muerte de un ángel .....	21
Lo trascendente de lo insignificante .....	39
Los desechos humanos .....	47
David y Goliat .....	63
La espada y la mentira .....	87
El líquido alimento escocés .....	105
El viejo oficio .....	121
Los cimientos de una gran nación .....	153
Solo lo mejor para un descanso tan largo .....	183
Un traje hecho a medida .....	193
El ejemplo de una generación .....	249
¿A quién le importa la verdad? .....	279
La conjura de un dios .....	291



*Para mi madre.*



**M**I IDOLATRADO PROFESOR MOORE SOLÍA DECIR A sus alumnos de primero de Criminología: «Caballeros, siendo los dioses inmortales y todopoderosos, la eternidad consistía en una telaraña confeccionada de tedio y molicie de la cual era imposible escapar, hasta que a un dios, el más retorcido de todos, se le ocurrió esto que ustedes ven: ¡La vida! Este es el juego de los dioses. Aquí escapan para sentir la intensidad de un momento que puede ser el último. Para intentar detener el tiempo que se escapa veloz de entre las manos. Para hacer frente a retos que precisan del sacrificio de toda una vida. ¡Qué emocionante ha de ser la vida para un dios! Puede que alguno de ustedes haya advertido ciertas carencias en mi vocabulario, palabras asociadas a los omnipotentes que yo todavía no he puesto en mi boca. La imagen de nuestro Dios, único hacedor, es fácilmente asociable al amor que gratuitamente derrama sobre nosotros, sus hijos. Sin embargo, ¿acaso he hablado yo de amor? Pues no, no lo he hecho. Permítanme hablarles de los dioses que no cono-

cen, de aquéllos que supuestamente no existen. El amor es devoción, entrega, sumisión. El amor consume, arrastra, enloquece. Qué dios osaría sopesar un sentimiento tan imponderable. No, ciertamente no es para los dioses. Ellos hacen de la vida un juego, están por encima de toda norma, ley o convencionalismo creado por el hombre. Estoy seguro que alguno de ustedes, alumnos de primer curso de Criminología, pensará: ¿Hay alguna razón para que este viejo hable de dioses, aparte de su visible chochez? Pues sí, la hay. Les diré esto una sola vez, esperando que lo recuerden el resto de sus vidas: cuando hayan acabado esta carrera, sean inspectores de policía y se dispongan a detener a un asesino, todas las precauciones que tomen serán pocas... Podría tratarse de un dios.»

Sobrecoge pensar en la crueldad humana, de ahí que consideremos a los criminales como seres inhumanos. Yo he dedicado gran parte de mi vida a intentar, sin conseguirlo, entender cómo y por qué el mal anida en pequeños seres, convirtiendo a tiernos e indefensos niños en implacables asesinos adultos incapaces de conmoverse o apañarse de sus víctimas. ¿Cuál es el poder que anula la razón, liberando nuestro instinto animal? ¿Qué pócima extraña dobliga los sentimientos humanos, encadenando el alma como si de un fantasma se tratara? Puede que mi trabajo de estos años pretendiendo introducirme en la piel de los asesinos, estudiándolos, analizándolos, comprendiéndolos ocasionalmente, haya distorsionado mi punto de vista; mas creo con absoluta firmeza que un mundo sin crimen sería un mundo desnaturalizado.

Compartiendo sus virtudes, en el ser humano coexisten egoísmo, mezquindad, odio, envidia y codicia. La falta o pérdida de estos valores nefastos nos deshumanizaría convirtiéndonos en otra cosa.

De niño aprendí que Dios aprieta y ahoga, por lo que mi falta de religiosidad me impide acudir al Diablo en respuesta a los enormes males que afligen a los pobres en esta época de grandes privaciones. Es esa satisfactoria respuesta, que rápidamente obtienen las gentes de bien, lo que les impide plantearse el por qué en ciertos barrios de Londres, donde la pobreza y la injusticia reinan por doquier, el Diablo consigue su mejor cosecha. Yo me crié en uno de esos barrios, y debo decir, para quien tenga a bien leerlo, que a lo largo de mis años de infancia vi gente humilde, abatida por la desesperación, rezar hasta quedar sin saliva; hombres maltratados por sus ancestros y el alcohol, repartir el odio que guardaban dentro; viudas míseras, sin esperanza, venderse por un mendrugo de pan, y ratas y chinches mejor alimentadas que niños raquíticos abandonados a su suerte. Todas estas cosas recuerdo que vi, excepto a ningún Dios o Diablo.



PERMÍTANME QUE ME PRESENTE



**M**I NOMBRE ES DESMOND ANGELL. DURANTE TREINTA y nueve años ejercí como inspector de policía en el condado de Newham, en el East End londinense, al norte del Támesis. A una media de dos asesinatos por semana, podría decirse que a lo largo de mi vida alcancé mayor grado de intimidad con los difuntos que con los vivos de mi distrito. Dos informes semanales con sus nombres y apellidos, direcciones, causas probables de las muertes y detalles de las investigaciones, me ayudaron a conocerlos un poco y a sentirme partícipe de sus desgracias. La mayoría de los asesinos de estos «mis difuntos» se salvaron de la horca, o puede que muriesen a manos de otros asesinos; lo cierto es que un vago sentimiento de impotencia me dominó durante años. Ahora, con la edad, ese sentimiento se pierde igual que mis fuerzas. Tengo setenta y ocho años. He visto cómo la Europa que tanto costó crear se ha autodestruido dos veces, cómo la majestuosa ciudad de Londres ha sido reducida a escombros. En este invierno de 1947, y en el invierno de mi vida, el mundo

que conocí ha desaparecido bajo mis pies. Apenas queda nada del lustre de otros días, del brillo y esplendor que acudían a la mente de quienes escuchaban el sonoro nombre de Londres. No pretendo contagiarles mi descreimiento y mi hastío; sin embargo, no con ustedes sino conmigo mismo, he de ser completamente sincero. Es lógico cegarse a voluntad cuando existe mucha vida de por medio, el hombre joven jamás ha aprendido a mirarse desnudo frente a un espejo. A mi edad, sería estúpido maquillar la fealdad de este mundo desproporcionado, donde el bienestar de unos cuantos descansa sobre millones de hombros maltrechos. Doy por sentado que esta tierra fue creada para refugio de malditos, y yo tuve la fortuna de nacer, honrado me siento de ello, en el mayor nidal de desdicha. Sí, cierto es que ganamos dos guerras mundiales, no está mal para un imperio; con todo y con eso, ver agonizar a tu enemigo nunca resarce tu pérdida.

La mirada de los niños es limpia, ajena al confuso mundo que les rodea, la inocencia los protege de darse perfecta cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Jóvenes y adultos trabajan duro con la esperanza de recuperar parte de lo perdido, ese aliento los impulsa a levantarse y luchar sin tregua. Pero los viejos no tenemos futuro, tan sólo nos queda un pasado que ha sido convertido en cascotes. La nuestra es la mirada sin sentido de quien lo ha perdido todo, y nos debatimos entre el recelo y la congoja pensando si la desesperación puede ser una salida. Mi tiempo se acorta, dentro de poco ya no estaré entre los que ríen y sueñan. Aunque consuela saber que tampoco estaré entre los que sufren y lloran; de hecho, simplemente no estaré.

Y es ahora, que a falta de futuro el pasado impregna mis monótonos días, cuando he de faltar a una promesa hecha antaño. Juré por mi honor callarlo para siempre. Tal vez alguien, en breve, en otro lugar, me reclame ofendido esta promesa incumplida; pero mi conciencia no puede permitir que el polvo del tiempo sepulse la verdad de lo sucedido. No es mi intención divulgarlo para que sea la comidilla de verduleras y comadres del barrio. Mi voluntad es que permanezca guardado en mi escritorio, dormido, aletargado, para quien quiera leerlo.

Todos se han ido lentamente, convirtiéndose en fantasmas que comparten mi estrecha cama. Algunos apenas perviven en mi memoria, pues ya no queda nadie que los recuerde. Sólo yo quedo de cuantos conocí en aquel otoño de 1899, para hablar de un tiempo que ya no existe: del Londres que fue capital del Universo.

Cuando yo nací habitaban en él casi tres millones de almas. Treinta años después había duplicado esa cifra. Vivían, peleaban y morían en Londres más gente que en muchos países enteros. Tanto si entrabas por Ludgate-Hill o por el Strand, nadie que no lo haya visto con sus propios ojos puede imaginar las oleadas humanas sobre las aceras o el incesante rodar de vehículos. En el puerto, a través del Támesis, entraban más de doce mil barcos al año; la ciudad misma tenía matriculados más de cinco mil, haciendo de Londres la más importante ciudad comercial del mundo. Oro, plata, seda, muebles, coches, todo lo que sirviera para el lujo y el confort era producido en cantidades gigantescas por la industria londinense. Los tejedores de seda vivían en Spitalfields, los vendedores de pájaros y

jaulas en Seven Dials, los constructores de carruajes en Long Acre, los libreros en Paternoster Row, los relojeros y joyeros en Klerkenwell, los sombrereros en Southwark, los refinadores de azúcar en Whitechapel. Pocos forasteros podían inhibirse ante el lujo, la riqueza y la elegancia de los soberbios comercios que se hallaban en Cornhill, Hight Street o en cualquier calle ancha: hermosos, fascinantes escaparates con deslumbrantes rótulos en letras doradas. Llamaba la atención la cantidad de comerciantes y artesanos que habían trabajado para la familia real. Bastaba con que un sastre hubiese dado una puntada en alguna prenda de un príncipe para tener derecho éste a preciarse de ello en el rótulo de su establecimiento.

La influencia de la burguesía, conservadora y puritana, sobre nuestra Reina Victoria, proporcionó a las clases altas y medias un auge económico sin precedentes, en contraposición a la miseria surgida en los suburbios.

Los patronos fijaban salarios de ínfima supervivencia con jornadas diarias de quince horas, sin protección ante accidentes de trabajo, sin seguro en caso de enfermedad ni retiro de vejez. El despido dependía exclusivamente de la voluntad del patrono, y si el trabajo se perdía sólo quedaba el recurso de la caridad. Los obreros, organizados al principio de manera clandestina, saltaron a la legalidad creando mutuas, cooperativas y sindicatos. Un año antes de nacer yo todos los sindicatos se unificaron en uno: el Trade Union Congress. Pero como acostumbraba a decir mi madre: «El sol brilla y resplandece sobre las bruñidas armaduras de los caballeros, pero ciega a las criaturas del averno. Recuerda, hijo, para el pobre siempre es de noche.»